

## JOSE EUSEBIO CARO

Por ABEL NARANJO VILLEGAS

Durante ciento cincuenta años el pensamiento colombiano ha avanzado paso a paso, abriéndose camino difícilmente entre una tupida red de emociones más bien colectivas que individuales. La gran tragedia de nuestros hombres superiores es la de que cada nueva etapa no aparece nítidamente engendrada en un hombre sino que es la tonalidad genérica de una generación. Y ésa es la tremenda dificultad que encuentra el historiador o el filósofo para tratar a un hombre como José Eusebio Caro. No es evidentemente un genio de aquellos que son capaces de trasladar súbitamente a la sociedad de una forma de vida a otra más elevada. Desde éste punto de vista el único hombre en quien podemos reconocer inmediatamente ésos rasgos es, remontándonos hasta las cabeceras de nuestra historia, la figura de Simón Bolívar de cuyo labio prieto despunta un continente.

Descendiendo desde allí, todas las figuras más poderosas de nuestra historia aparecen sumergidas en la torrenciosa, vía al abismo, en un desplazamiento geológico de la anarquía que ya al propio Libertador se le iluminó en un relámpago y sintió pesimismo por la obra frustrada. "Aré en el mar y edificué en el viento" es una frase que no lo es sino un apesadumbrado diagnóstico que ningún otro creador de pueblos se ha tenido que formular y que, en cambio, cada hombre sincero de los nuestros ha tenido que decir en ciertos momentos abisales de su destino.

Este José Eusebio Caro no tuvo tiempo siquiera de decirlo. Su vida fue un combate cuerpo a cuerpo con el tiempo y su obra toda está cruzada de un afanoso ritmo que era "su trágica prisa hacia la muerte". Nacido en plena guerra de independencia, es decir en el caos, apenas sobrevivió treinta años al estelar suceso. En treinta y seis años de vida escribió poesía, ensayos, guerreó y fundó un partido político.

De su poesía podemos tener los reparos que se quiera desde nuestro gusto contemporáneo pero, en todo caso, él aparece a juicio de la crítica más autorizada, europea y americana, como el primer gran lírico del amor que apareció en la América Latina. Sobre éste detalle genioide insistiremos un poco más adelante.

Como escritor hay que declarar que allí en esa prosa vital está la albúmina de la nacionalidad. Nos hemos acostumbrado, nos acostumbraron ellos mismos, los hombres de su generación y de las de antes de la independencia a abastecernos intelectualmente de Europa y a eso debemos cierto menosprecio elegante con que los hombres que no conocen ni la literatura americana ni tampoco la europea reiteren con tanta frecuencia que no leen americanos. Sólo cuando se analiza la refracción de ese pensamiento europeo sobre la realidad sociológica de nuestro pueblo a través de unos pocos cerebros realmente privilegiados, alcanzamos a divisar en el fúlgido contacto el germen de la originalidad con que ellos trataron nuestra realidad. Así aparece en José Eusebio Caro, en José María Samper, en Rafael Núñez, en Martínez Silva y en aquella rauda acción de Rafael Reyes que es una especie de Vinci de nuestra política.

Como político y pensador de esa índole define un rasgo vocacional de nuestra vida porque en él se cumple un proceso que es colectivo pero que en él condensa sus virtudes definitivas. Los hombres que alcanzaron la independencia, y entre ellos estaba Caro, fueron hombres que lucharon contra el orden español y siguieron luchando contra todo orden. El Estado no funcionaba en ellos porque concebían la historia solamente como individuo. Puede decirse que ésta fue la gran lucha de Bolívar y a ella debió su regreso del borrascoso romanticismo de su juventud. José Eusebio Caro es uno de los primeros colombianos que intuye que el Estado es la única fisonomía posible de la existencia histórica. Con él empieza a producirse un fenómeno intelectual cuyas proporciones y problematicidad no ha sido hasta ahora analizado: el esfuerzo por convertir una nación de soldados en constitucionalistas. A partir de su generación puede decirse que el ambiente general de letrados que era Colombia, extraviados en la turbulencia belicosa, empieza a caer al ágora, saliendo del patio de armas a la academia. Aquellos hombres empiezan a convertirse en constitucionalistas, transformando el paisaje en patria, la guerrilla en milicia y la nación en Estado.

Lleno está de méritos el hombre; mas no por ellos sino porque la poesía hace de esta tierra su morada, dice el Libro de los Proverbios. José Eusebio Caro cuando llegó a pensar ya en Estado, había recorrido todos los caminos de sus contemporáneos colombianos, los mismos de la nación y en él la experiencia era ya poesía. Tempranamente escribió y defendió las doctrinas libertarias, que eran el suelo natural de la revolución, por lo que él advierte un fenómeno de nuestro pensamiento político nacional. Se dice, con mucha ligereza, que el espíritu conservador nació en el Bolívar de la decadencia, de la decrepitud, otorgándole a la idea liberal cuanto tuvo de generosa su juventud. En José Eusebio Caro y en José María Samper se cumple el mismo fenómeno. Impetuosos en su juventud, entregaron a la causa de la revolución libertaria todos los grandes atributos de su inteligencia y al final concibieron un pensamiento político que es el que nutre al partido conservador. Será, pues, el mismo proceso? No. Es que se ha confundido la decrepitud con la experiencia, dos categorías de la vida que son muy diversas porque la una alude al tiempo, a la cronología y la

otra pertenece a la inteligencia experimental. Ni Bolívar, ni Samper, ni Caro, como primera medida, llegaron a la decrepitud porque todos ellos murieron jóvenes, 45, 60 y 36 años.

Quiere decir esto que fue precisamente como poeta como José Eusebio Caro concibió una doctrina del Estado, es decir, un programa para Colombia, capaz de suscitar un partido que defendiera esa concepción contra todo lo que él había creído antes. "Lo permanente es fundación de los poetas" dice Hoelderling, aquel apasionado fundador de la poesía alemana, para quien la dignidad del hombre no está en el pensamiento sino en el canto.

Esos menesteres prosaicos de la política, mezclados en tan altas dosis con la poesía que late en la obra literaria de estos hombres, definen ya un rasgo de lo que habrá de ser la actividad política entre los colombianos y, en el caso de Caro, señalan la capacidad de intuición que hay en él para la filosofía y para la poesía tan estrechamente unidas en su profunda raíz. En ellos se había cumplido el proceso de desintegración de las creencias que se producía en Europa desde el otoño de la Edad Media y que entre los americanos fue el germen de la emancipación para seguir siendo el de los partidos libertarios. Caro y Ospina Rodríguez están en sus mocedades llenos de éstos gérmenes de disolución y lo que hay que admirar más en ellos es la intuición que tuvieron en aquellos instantes para poner freno a ese proceso y empezar a reintegrar las astillas dispersas de una fe que no habían conocido ni en sus padres.

Por eso se explica que, en medio de la soledad que tenía un pensamiento de orden político en el cielo intelectual de la época, ellos hubieran recurrido tan desesperadamente a la incitación religiosa para reforzar aquel pensamiento. Así les ocurrió a Bolívar, José Eusebio Caro, Ospina Rodríguez, Rafael Núñez, Sergio Arboleda y José María Samper.

Hoy no penetramos muy sutilmente el fenómeno porque hemos nacido bajo el meridiano de un pensamiento estructurado ya para el orden político de tipo clásico que se suele denominar como de derecha. Sin que sea necesario fundamentarlo en premisas religiosas aparece por doquier un pensamiento estructurado, provisto ya de los más rigurosos instrumentos de precisión mental, capaz de sosegar a la mayoría de los temperamentos organizados, pero en requerimiento religioso que es, en nuestro concepto, el que en definitiva viene a darle validez a una teoría política.

La ausencia de esta clase de antenas que reparten las ondas intelectuales desde su alta torre de control, los obligó a descender hasta la profundidad religiosa para desentrañar de allí las premisas que sirvieran a un partido político y no precisamente en Europa, configurada por el catolicismo, sino en América en donde con la emancipación de España se pretendía también la emancipación del catolicismo. La originalidad de estos próceres consistió en haber encontrado para un continente nuevo las formas clásicas que representaba el catolicismo, sin renunciar por eso a la república.

Hoy no es tan valeroso y tan urgente pensar así contra la atmósfera general. Las consecuencias prácticas de la liberación del

mundo están a la vista. La guerra de 1914 traumatizó de tal modo una mentalidad ya salida de los rigores clásicos para entrar a las zonas del romanticismo delirante, que se creyó que lo mejor era esparcir hasta el máximo el impulso de libertad que había engendrado aquella hecatombe. Todos los gobiernos monárquicos o republicanos que representaban todavía el viejo orden clásico fueron barridos del haz de la tierra y, de pronto, saltó Rusia tomando a lo trágico, es decir, en serio, el ateísmo latente en toda Europa y llevando hasta sus extremos aquellas premisas que los europeos dejaban en la mitad del camino.

El furor de aquella revolución y la amenaza continua que ella significaba para la cultura sobre cuyo suelo hemos vivido, ha atemorizado a todos y han surgido por todas partes profetas que estructuran un pensamiento de reacción, una rectificación a fondo de las instituciones y de los conceptos con que el hombre había creído poder desprenderse definitivamente de las viejas formas tutelares de la cultura cristiana. Mirándolo bien, no es, pues, tan extraordinario que las juventudes de los pueblos se agrupen hoy debajo de esas banderas para las que encuentran ya antecesores ilustres.

Pero trasladémonos al mundo americano de mediados del siglo pasado para medir desde allí lo que significaba en un pueblo sin categorías históricas, sin un pensamiento ni propio ni ajeno, sin maestros para que, de pronto, aparezcan hombres como José Eusebio Caro que, salidos de la propia entraña revolucionaria, pongan a este pueblo a pensar en su destino y le propongan la necesidad urgente de formar una clase conservadora, una legión de caballeros del patriotismo que organicen un Estado sin que aquello signifique volver a las formas abolidas de la colonia, ni a la monarquía, ni a convertirse en un partido católico.

La atmósfera vital del hombre colombiano, como la de todos los occidentales, es la del romanticismo, aquel desbordamiento afectivo sobre la banalidad de las frases. Pero con mayor evidencia entre nosotros, ese común suelo romántico se bifurcaba en los que tenían su fuerza de gravedad en el clasicismo de estirpe católica y los que la tenían hacia el enciclopedismo y materialismo de tipo francés. Caro perteneció un tiempo a esta corriente pero súbitamente tomó la segunda, buscando la incitación sobrenatural para definir las categorías temporales del Estado. Era la necesidad más inmediata que, como hombre estético, advertía en el contorno. Su inclinación postrera a la realidad lo sustrajo del romanticismo y lo arrojó en la política porque se dió cuenta de que ella era la que podía darle unas formas estables a la vida comunitaria, siempre que ella se fundara en una concepción religiosa y precisamente católica de la existencia.

Por eso se empeñó en dejar un programa de vida y abandonó la tácita posición del poeta romántico que no aspira sino a dejar su propia biografía. Prácticamente de Caro hacia acá puede decirse que Colombia ha sido vivida como un destino, es decir, que la sacó del pasado y la colocó en el futuro como incitación perenne de las generaciones. Su mito empezó a vivir en el alma de algunos colombianos y llegó a convertirse en partido con una fe angustiada y pesimista que era el residuo romántico del poeta que lo fundaba, del clima intelec-

tual en que florecían jugos filosóficos antagónicos, negación de principios heredados y en el substratum de su actitud frente al mundo.

Yo creo reflexivamente que lo que hay de filosófico en la poesía de Caro se debe, más que todo, a esa necesidad interior por cuanto los gérmenes que hay en él tienen siempre una alusión a los grandes temas centrales de la supervivencia espiritual de la teología, de la moral. No hay en ellos nada sistemático que denuncie su preocupación por temas concretos de aquéllos que agitaba la filosofía de sus contemporáneos. Era más necesaria la tarea de unas grandes realidades que aumentarán el peso moral de sus compatriotas. Por eso es necesario volver a ellos sin mucha exigencia porque a través de sus alamedas pretéritas encontramos mucho más raíces vitales que en el mercado del día.

Y eso fue también lo que conformó la mentalidad de Caro porque sus viajes frecuentes y las lecturas estaban encaminados a escudriñar el pasado que había hecho el presente de otros pueblos. Sus escritos están llenos de observaciones sobre la vida de otros pueblos que hoy tienen una extraordinaria actualidad en su política y en la nuestra.

Esto explica también su permanente posición que lo empujó a elevar al verso los temas sociales y políticos más antipoéticos. En poesía sólo existe el estado naciente, y cuando una vida entera tiene qué vivir en trance de creación no tiene más remedio que asumirla toda poéticamente. Si en el mundo físico existe la ley de que "nada se crea, nada se destruye" para explicar la esencial identidad del cosmos, en el mundo poético se deroga esa ley por esta otra: "todo se crea, nada se destruye". El carácter de la fundación poética que ha analizado tan profundamente Heidegger a propósito de Hoerderling, tiene esa inevitable explicación que advertimos en nuestro Caro con fatigosa insistencia.

Del análisis espectral que realizamos sobre su faena deducimos que José Eusebio Caro tenía la cabeza repleta de ideas pero no era un teorizador sino un doctrinario. Si no lo miramos con oportuna cautela creemos, o que no tiene nada qué decirnos a los hombres de ahora o de que es un melancólico suscitador de problemas inanes. Hay que situarlo, pues, en la perspectiva de nuestro mundo cultural para darnos cuenta de que lo mejor que podía haber hecho un espíritu de tan profunda selección como el suyo, era reaccionar doctrinariamente ante los sucesos que le caían encima a todo colombiano de aquellos momentos. En su prosa y en su verso están contenidos los secretos de nuestra historia en ese instante, sus virtudes y sus limitaciones. Merced a sus opúsculos, sus versos y sus polémicas, vemos funcionar la ululante vida colombiana como en un taller de mecánica. Y el ambiente todo cruzado por su canto que tiene ya hoy algo de desagradable porque es una mezcla extraña de buho y de ruiseñor.

Cuando después de varias centurias queramos reconocer el epicentro de donde brotó nuestro destino que ojalá sea victorioso, tendremos qué recurrir al círculo de su generación y encontrar en ella el esqueleto espiritual de José Eusebio Caro como los restos de un gigante de aquellos que paleolíticamente explican la estructura de los se-

res recientes. Para entonces habrían clareado mejor su mandato de formar a Colombia, que es una tarea poética, despojándonos de aquel aire con que la hemos vivido siempre, considerando que sólo la historia existe, y no de que ella existe en el mundo. Como tenemos un mundo virgen, sin vidas históricas infusas en él, enmudecemos opacamente, sin suscitar la resonancia.

Caro fue, no obstante la adustez de su vida, conquistado por esa inevitable diosa de nuestro destino: la política.

En una de las novelas de Herman Hesse hay un episodio vital y doloroso. Un joven alemán, educado en la más pura ortodoxia prusiana de disciplina, raíces griegas, filosofía, entra una noche a un salón de diversión. Súbitamente se destacó entre la multitud de danzantes una muchacha que pasaba con elásticos y rítmicos pasos, erguida, soberbia, con su cuerpo alado que cubría una falda corta debajo de la cual se advertían unas hermosas piernas cubiertas por medias delgadas y finas.

El sutil perfume que evocaba su cabello y su piel fresca rozaba la naturaleza del recluido mancebo que la veía "como un ser dotado de cielo propio y de un infierno propio que nadie compartía con él".

Cuéntame tu vida, le dijo de pronto la danzante. Hé vivido entre los libros, respondió el joven. Conozco las lenguas ilustres, la filosofía, la literatura y dicen que soy un sabio. Todo eso es muy interesante, dijo la muchacha, pero vamos a bailar. No sé bailar, respondió él. Entonces, medio irritada, le dijo: Juguemos. No sé jugar respondióle el joven. Entonces, qué sabes tú de la vida? Ni el griego, ni el latín, ni la filosofía han sido capaces de enseñarte a vivir? O es que has bailado y has hecho el ridículo y has jugado y perdiste? Ella lo besó y el joven sintió un calor desconocido hasta entonces. Cuán extraño y dolorosamente nuevo le resultaba el cálido contacto, cómo había estado tanto tiempo sólo, completamente sólo!

Comprendo su lección porque Cristo y Buda y Shopenhauer y los griegos han dicho que existe una sólo sabiduría, una sólo fé, una sólo filosofía: El saber de Dios en nosotros, la expresión de su energía divina en el mundo que nosotros somos los llamados a comunicar. Cuán torcido y falso lo que enseñan los libros y las ciencias.

Esa sabiduría es la que yo expreso también en la danza, aunque bajo forma distinta. En ella soy un árbol o una montaña, como una estrella absorta, completamente sólo, ansiando ser simplemente lo que soy, sin preocuparme de parecer buena o mala, dijo la danzante.

Precozmente fue Caro como un europeo pensativo. Pero la política que es la danzante de nuestro mundo lo llamó también y él supo comprender a tiempo que no puede nuestro pueblo darse el lujo de suscribir exclusivamente hombres de letras mientras la política no haya estructurado un pueblo que pueda beneficiarse de aquella sabiduría. Y desde entonces, don José Eusebio Caro en asocio de otros hombres que habían recorrido la misma odisea espiritual, fundaron aquella escuela de pensadores políticos que han hecho la grandeza de Colombia.